

Cincuenta números UNA pta.

Redacción y Administración: PLAZA DE LOS TRES REYES, 2

No se devuelven los originales

Pascuas de Navidad

Para todos aquellos que alardean de incredulidad, esa fecha que conmemora el cristianismo constituye un argumento ante el que tienen que bajar la cabeza llenos de confusión.

Mil novecientos trece años se cumplen desde que el Hijo de Dios nació en un pobre establo y todavía resuenan en los ámbitos todos del mundo los cantares que celebran su nacimiento.

El *Gloria in excelsis Deo* que los ángeles entonaron sobre la gruta de Belén se repite a través de los siglos, y el Divino Niño que al nacer recibiera el homenaje de los humildes pastorcillos, sigue siendo adorado por la humanidad que, al llegar esa fecha, parece sufrir un espasmo de indecible ternura para caer rendida ante las plantas del Hijo de la Virgen María.

¿Quién no se conmueve al recordar el nacimiento tan humilde de un Dios? ¿Qué corazón, por endurecido que esté, no late intensamente al contemplar el regocijo con que los pueblos cristianos conmemoran fecha tan feliz?

Jesús, aquel tierno infante que venía al mundo a morir por salvarnos, recibe al nacer el tributo de admiración que todos los seres creados le dedican. Los que habitan en el cielo y los que viven en la tierra unen sus voces para cantar su divinidad en un coro magnífico de inefables armonías.

Adóranle los pobres, ríndele vasallaje monarcas poderosos llegados de lejanas regiones, y el mundo entero se estremeció de alegría ante aquel Niño que viene a la tierra, para redimirlo del pecado.

¿Qué mayor prueba de la divinidad de Jesucristo que el testimonio unánime de la humanidad al postrarse año tras año, durante veinte siglos ante el establo de Belén?

Hombres de todos los tiempos y de todas las razas se han sentido dominados de loca alegría al llegar esta fecha y han cantado en todas las lenguas la sublimidad de suceso tan venturoso.

Y si algún pueblo se ha distinguido por su entusiasmo a celebrarlo, ha sido el pueblo español.

En las ciudades y en los campos celébrase la Pascua con brillantez inusitada; jóvenes y ancianos únense en hermoso concierto para festejar el nacimiento de su Dios, y no hay hogar donde no se glorifique al divino Niño.

Podrán los siervos del ángel rebelde tratar de arrancar de los españoles la memoria de Jesús; lo desterrarán de las leyes y lo alejarán de las escuelas; dero lo que no lograrán jamás será que se olvide su nacimiento, que España deje de entonar en esa noche un

himno sublime, inmenso, al Dios de Belén; himno que brota del corazón y que no hay fuerza humana que lo extinga.

Unamos nuestras voces a las que canten a Jesús; caigamos rendidos ante sus divinas plantas; y ofrendándole el amor que llena nuestros corazones, pidámosle que nos ampare y nos reserve un lugar en la gloria, al que por los méritos de su santísima sangre tenemos derecho a aspirar.

ALEGÓRICA

Pajarillos con alas doradas,
que en las ramas del árbol bendito
suspendidos de hilillos de oro
tenéis vuestros nidos...
¡mirad hacia abajo,
mirad con cariño!

Pajarillos con alas de pluma,
que debajo del árbol bendito,
vuestros nidos tenéis en el suelo
cuajados de frío...
¡mirad hacia arriba
y esperad tranquilos!

Pajarillos dorados de arriba;
de las plumas calientes del nido,
de los frutos del árbol sagrado
cargad los piquitos,
tended esas alas,
cortad esos hilos.

Pajarillos humildes del suelo,
ya va el sol a templar vuestros nidos,
ya el amor va a bajar a buscaros,
abrid los piquitos,
tended las alitas,
estad prevenidos.

Descended ya vosotros del árbol,
elevaos vosotros y unos,
y en los aires os dáis un abrazo,
juntáis los piquitos,
rozáis vuestras alas,
unís los pechillos...

Y bajaron amables los unos
y cubieron los otros sumisos,
y después de besarse en los aires
volaron unidos...
¡Todos eran unos!
¡Todos pajarillos!

¡Que se calle ese sabio parlante;
que los males del mundo afligido
no se curan con esos discursos
hinchados y fríos...
se curan con besos,
con besos de niño!

Los que nazcan en cunas de oro,
que se acuerden de sus hermanitos.
Los que nazcan en cunas de paja,
que sufran sumisos,
porque Aquel que nació en el pesebre,
también tuvo frío...
J. M. GABRIEL Y GALÁN

Origen de los Belenes

(Relato bellísimo)

Tocaba ya a su término el año 1223: el invierno se anunciaba ya con todos sus rigores. La noche de aquel día fe-

liz en que conmemoramos la venida al mundo de nuestro Salvador bajo la simpática figura de niño, se dirigió San Francisco de Asís desde Roma a una gruta de un pequeño bosque que estaba junto al castillo de Greccio en el valle de Rieti, la cual gruta hallábase adornada con algunas hierbas y flores silvestres, de las que suelen crecer en la estación de los hielos.

Allí hizo traer un pesebre con un poco de paja y heno dentro del mismo, según el pesebre en que nació Nuestro Señor. No quiso que faltasen las figuras del buey y del jumento, que las pinturas cristianas más antiguas representan en este misterio calentando con el baho al aterido infante; y así mandólas a buscar para colocarlas en la gruta.

Ultimamente reclinó sobre las pajas del pesebre la imagen de Dios Niño. A esta fiesta pastoril había convidado el Santo a los habitantes de los pueblos circunvecinos, los cuales, por la devoción que le tenían, acudieron en gran número, distinguiéndose entre ellos los pastores, que iban por el camino tocando alegremente sus zampoñas y dulzainas.

Celebróse a media noche solemne Misa, en la cual San Francisco hizo de diácono, cantando el Evangelio con voz sonora y afecto celestial. Concluido éste, pronunció un fervoroso sermón para abrasar a los sencillos oyentes en el amor de Aquel Dios hecho un tierno niño por nuestro amor.

En tan humilde gruta quiso el Señor manifestar cuánto se complacía en la amable simplicidad de su Siervo. Apareciósele en forma de divino niño durmiendo sobre el pesebre que él allí había puesto. San Francisco, tomándole en sus brazos, trabajaba con candor infantil para despertarle, y con sus labios encendidos de amor le imprimía en el rostro y en el cuello ternísimos y devotísimos besos; pero el gracioso Niño como jugando con el Santo, seguía durmiendo.

Discurría Francisco cómo podría abrir aquellos ojitos, que enamoran las almas, hiriéndolas con fuertes rayos de dulce amor.

Con su acostumbrada sencillez le hace algunas fiestas cariñosas, y el Niño, sintiéndose festejar tan amorosamente, abre los ojos, sonríe con divina dulzura, y deja al Santo anegado en celestiales consuelos, desapareciendo luego la visión y dejando extático a San Francisco durante largo rato.

De aquí tomó origen la piadosa costumbre de representar en muchas iglesias y familias cristianas el Nacimiento del Niño Dios; costumbre ternísima, que vuelve a los fieles a la edad infantil para amar y acariciar con amor pu-

ro e inocente, como de niño, al Niño Dios.

X.

El Portal de Belén

El Portal de Belén tiene treinta y ocho pies de largo, once de ancho, y su elevación es de nueve. Dos escaleras, de quince escalones cada una, construidas a ambos lados, conducen la una a la iglesia de los griegos, y la otra a la de los armenios. Las rocas, el pavimento están cubiertos de preciosos mármoles, regalados por Santa Elena.

Treinta y dos lámparas arden sin interrupción en este santo lugar, donde no penetra jamás la luz del día. En el fondo, hacia el Oriente, está el sitio en que la más pura de las vírgenes dió a luz al Salvador del mundo. Este lugar, que alumbran dieciséis lámparas, está indicado por un mármol blanco, fijado en el pavimento, con una guarnición de jaspe; en medio tiene un sol de plata y a su alrededor esta inscripción:

HIC DE MARIA VIRGINE JESUS CHRISTUS
NATUS EST
(Aquí nació Jesucristo, de la Virgen
María)

RAPIDISIMA

CATÓLICOS A LA MODERNA

Acontece con harta frecuencia en estos calamitosos tiempos, que los buenos católicos hallan motivos justificados para lamentarse con doloridos acentos de ciertas inconsecuencias, por no decir monstruosidades, en que incurren ciertos católicos que se obstinan en cerrar los ojos para no ver la meridiana claridad que irradia la verdad católica.

Hay católicos que profesan un catolicismo muy singular. Practican multitud de devociones y se entregan a no pocos actos de piedad, y no obstante, cuando se trata de la candente cuestión político-religiosa, decláranse enemigos irreconciliables de la sana intransigencia católica, que no es otra cosa sino la fiel expresión de la verdad en abierta oposición contra toda clase de errores.

No es, pues, de extrañar, que los tales católicos se aparten con horror de los pícaros intransigentes y guarden sus simpatías y benevolencias para los de la acera de enfrente.

De ahí sus aficiones por los periódicos de las dos consabidas velas, sin querer echar de ver que la prensa de color gris pretende enmendar la plana a Dios, empeñándose en servir a dos señores.

Al comenzar a escribir estas cuarti-